



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A MÉXICO Y CURAÇAO

SALUDO DEL PAPA JUAN PABLO II A LA POBLACIÓN DE LA DIÓCESIS DE AGUASCALIENTES

*Aguascalientes, México
Martes 8 de mayo de 1990*

*Señor obispo diocesano monseñor Rafael Muñoz Núñez,
señor obispo emérito monseñor Salvador Quezada Limón,
hermanos en el sacerdocio,
religiosos y religiosas,
amadísimos fieles de la diócesis de Aguascalientes:*

1. Es para mí motivo de particular alegría reunirme aquí con vosotros. Vuestra presencia, vuestros saludos y vuestro afecto confirman la fama de acogedor y hospitalario que distingue a vuestro pueblo. Son éstas cualidades características de vuestro espíritu que habéis sabido comunicar a todos los que, procedentes de otras partes del país, han ido incorporándose a la vida de vuestra región. Hubiera deseado que esta breve visita se hubiera prolongado para poder así compartir con vosotros más largamente las vivencias de la fe y el amor que nos une.

El Papa ha querido llegar hasta vosotros en cumplimiento de su misión. El ha sido puesto por Cristo para confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc 22, 32*). Por ello os digo que améis y profeséis con todas vuestras fuerzas la fe católica que, modelada por la caridad, nos une a Cristo Jesús, el Hijo del Dios viviente. Vuestro amor a la Santísima Virgen —bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción— os ayudará a amar más a Jesucristo, porque la Madre lleva necesariamente al Hijo.

2. *Guardar la palabra de Cristo* es una exigencia que implica a la vez la transmisión de la fe. Todo cristiano debe ser transmisor de la fe (cf. *Catechesi tradendae*, 62 ss.), pero lo deben ser de

manera primordial los padres en relación con sus hijos (cf. *Familiaris consortio*, 52) y todos los que realizan tareas educativas en relación con sus alumnos (cf. *Catechesi tradendae*, 69). Por eso, mi alegría de estar con vosotros se acrecienta al saber que me está escuchando un número importante de maestros. A ellos me quiero dirigir ahora de manera especial.

Una nueva perspectiva de contactos entre la Iglesia y la comunidad política de este país se está configurando en nuestros días. Y en esta nueva fase de mejor entendimiento y de diálogo, la Iglesia quiere ofrecer su propia aportación, sin salir del marco de sus fines y competencias específicas. Es un hecho que la cultura y la educación en México se está abriendo en estos tiempos a más amplios horizontes. El contexto de la comunidad internacional inicia una nueva fase de su historia, y ello tendrá sus repercusiones también aquí en un futuro no lejano. ¿Cómo podréis vosotros contribuir a los nuevos desafíos que deberá afrontar la sociedad mexicana?

3. La cuestión educativa, que es responsabilidad de todos, se impone de manera creciente a la consideración de la opinión pública, y despierta un renovado interés en los diversos ámbitos de la responsabilidad política.

Se hace pues necesario que las diversas instancias de la nación favorezcan todas las iniciativas que conduzcan a elevar cada vez más el nivel de la enseñanza. Es comprensible que hasta el momento la tendencia predominante haya sido, justamente, la de asegurar a todos un grado de instrucción básica. Sin embargo, el panorama que se configura está ya exigiendo un salto de calidad en orden a la adecuada formación de la niñez y la juventud. Y esto, en una sociedad libre, no puede obtenerse si no es mediante la responsabilidad profesional, el estímulo de la iniciativa y la congrua retribución de quienes se interesan y se esfuerzan lealmente. Se impone pues la necesidad de desarrollar la capacidad de análisis y discernimiento, la educación en las virtudes, la dedicación generosa, la disciplina, la participación de los padres en la educación de sus hijos.

Queridos maestros: como profesionales de la educación y como hijos de la Iglesia católica sois conscientes de que conseguir unos objetivos elevados no depende sólo de los sistemas pedagógicos. El mejor método de educación es el amor a vuestros alumnos, vuestra autoridad moral, los valores que encarnáis. Este es el gran compromiso que asumís, antes que nada, ante vuestra conciencia. Sabéis que no podéis transmitir a vuestros alumnos una imagen decepcionante del propio país, debéis enseñarles a amarlo fomentando también aquellas virtudes cívicas que eduquen a la solidaridad y al legítimo orgullo de la propia historia y cultura.

4. Antes de terminar, quisiera expresar ante vosotros una *convicción* y una *esperanza*.

La *convicción* es que la Iglesia mira con segura confianza a la cultura mexicana, lo mismo que a las demás culturas de América Latina. Los valores humanos y cristianos presentes en este continente están llamados a liberar todo ese potencial civilizador que aún no se ha manifestado

plenamente. Por eso, la Iglesia —movera por su vocación de servicio al hombre— se siente comprometida a promover y fortalecer esa identidad.

La *esperanza* es que llegue definitivamente a su ocaso el prejuicio de que la Iglesia es un factor de freno cultural y científico. Los hechos vienen a desmentir tales acusaciones. Basta recordar la secular labor educativa de las instituciones religiosas y eclesiásticas, desde la primera evangelización hasta nuestros días. Pero mi exhortación de hoy a vosotros, maestros católicos, es: ¡abrid a Cristo el mundo de la enseñanza! De modo firme y paciente hay que ir mostrando cómo en Cristo encontramos plenamente todos los verdaderos valores humanos, y cómo está en El el sentido de la historia, encaminada a la unión personal y comunitaria de todos con el Dios Uno y Trino.

5. Para concluir, quisiera invocar ahora a Nuestra Madre, la Virgen María. A Ella me dirigí en el santuario de Guadalupe, durante mi primer viaje pastoral a México, con estas palabras: “Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, protege a nuestras familias para que estén siempre muy unidas y bendice la educación de nuestros hijos”.

A Ella me dirijo ahora, invocando su protección sobre todos vosotros, fieles de Aguascalientes, y pidiéndole muy especialmente por vuestros hijos, por todos los jóvenes que son “la esperanza de la Iglesia” (*Gravissimum educationis*, 2) en el continente de la esperanza.

En prenda de abundantes gracias divinas imparto a todos mi más cordial Bendición Apostólica.